

CAPITULO IX.

INVASION DE ANDALUCIA.

LA REGENCIA.

1810.

(De enero á junio.)

Grandes refuerzos que reciben los ejércitos franceses.—Proyectos de Napoleon anunciados al Senado.—Causas que le impiden volver á España.—Desacuerdos entre Napoleon y José.—Adóptase el plan de campaña de éste.—Marcha á Andalucía con 80.000 veteranos.—Paso de Sierra-Morena.—Completa dispersion del ejército español en las Navas de Tolosa.—Inúndanse de franceses las dos Andalucías.—Apurada situacion de la Junta Central en Sevilla.—Refúgiase á la costa.—Conmocion en Sevilla y sus causas.—Avanza Sebastian por Jaen á Granada y Málaga; Victor y Mortier por Andújar á Córdoba y Sevilla.—Diestra y oportuna evolucion del duque de Alburquerque con su division.—Salva con ella al gobierno supremo.—Entra el mariscal Victor en Sevilla.—Prosigue á la isla de Leon.—Detiénele Alburquerque.—Insurreccion y desórdenes en Málaga.—Nómbrese á Blake general en gefe del llamado ejército del centro.—Disuélvese la Suprema Junta Central.—Fórmase la Regencia del reino y se establece en la Isla de Leon.—Manifiesto que publica.—Regentes.—Instruccion sobre convocatoria y celebracion de las Córtes.—Reglamento para la regencia.—Juramento de los regentes.—Espiritu del Consejo de Estado: consultas é informes notables.—Melancólico cuadro del estado de España al instalarse la Regencia.—La Junta de Cádiz.—Persecucion contra los centrales y arresto de algunos.—Influencia

del Consejo en la Regencia.—Suspéndese la reunion de Córtes.—Organizacion de fuerzas maritimas y terrestres.—Bloquean los franceses la isla Gaditana.—Intiman la rendicion á Cádiz.—Firmes y vigorosas respuestas de la ciudad y de los generales españoles.—Prudente plan de defensiva.—Auxilio de ingleses.—Obras de fortificacion.—Ataques recíprocos.—Blake general en gefe de ambos ejércitos.—Nombramiento de generales, y planes de campaña para el resto de la península.—Trasládase la Regencia á Cádiz.—Lo que hizo en todo este período.—El intruso rey José pasea como en triunfo las Andalucías.—Sus decretos de administracion y gobierno.—Napoleon distribuye los ejércitos de España y dispone de esta nacion como si fuese el soberano de ella.—Profundo disgusto y amargura del rey José.—Hondas disidencias entre los dos hermanos.—Proyectos de Napoleon sobre las provincias del Ebro.—José, lleno de pena, abandona la Andalucía y regresa á Madrid.

Nada se veia, al comenzar el año 1810, que diera esperanzas ni presentára síntomas de que pudiesen aclarar, ni menos disiparse las negras nubes que encapotaban el horizonte de España. Por el contrario todo anunciaba que iban á condensarse más. Ya en 27 de setiembre (1809) habia prevenido Napoleon al ministro de la Guerra desde Schœnbrunn que enviase á París las tropas que marchaban al Norte, como tambien las que existian en los depósitos, «pues me propongo, decia, hacer que todas ellas desfilen hácia España, para acabar pronto por aquel lado.» Firmada la paz de Viena (14 de octubre de 1809), y prosiguiendo en su propósito de terminar pronto la guerra de España, mandó dirigir hácia los Pirineos una considerable masa de fuerzas, que no bajaron de 100.000

soldados, y pensaba elevar á 150.000⁽⁴⁾, para reforzar á los 250.000 que operaban ya en la Península, para cuya conquista habia creído ántes que le bastaban menos de una docena de regimientos. A su regreso de Alemania á París anunció al Senado que pensaba venir él mismo á terminar prontamente esta lucha que tanto contra sus cálculos se prolongaba.

Y habríalo acaso realizado, á no embarazarle y detenerle negocios graves y de trascendencia suma, á la vez domésticos y políticos. Pertenece á los primeros su famoso divorcio de la emperatriz Josefina, de ántes pensado, y verificado ahora (15 de diciembre, 1809), retirándose en su virtud aquella señora á la Malmaison con el título y honores de emperatriz coronada: divorcio hecho por razon de estado, con el propósito y fin de ver de asegurar la sucesion directa, y afirmar así su estirpe en el trono imperial, enlazándose con una princesa de las viejas dinastías de Europa. Puso pues primeramente sus puntos en la córte de Rusia, viniendo al fin á realizar su segundo matrimonio con la archiduquesa María Luisa, hija del emperador José II. de Austria. Los sucesos dirán

(4) Esta cifra ni la inventamos nosotros, ni menos la exageramos. La tomamos de los historiadores franceses. «Segun se ha visto anteriormente, dice Thiers, habia preparado (Napoleon) ce ca de 120.000 hombres de refuerzo. y pensaba elevarlos á 150.000 contra España. Estos 150.000, todos en marcha, se habian reunido

del modo siguiente.» Y espresa la procedencia y los puntos de reunion de los diferentes cuerpos.— Historia del Imperio, lib. XXXIX. —«Con estas fuerzas, dice dos páginas mas adelante, completaba la masa de mas de 400.000 hombres destinados á esta guerra devoradora.»

si de este enlace recogió el fruto que habia entrado en sus designios y servido de móvil á resolucion tan estraña, ruidosa y atrevida. Este y otros negocios graves impidieron su venida á España, pero las tropas fueron entrando.

Desacordes en muchas cosas los dos hermanos Napoleon y José, estábanlo tambien en el plan de la campaña que habia de emprenderse. Napoleon, cuyo pensamiento, cuyo afan, y podriamos decir cuya perpétua pesadilla era destruir á los ingleses, queria que el grueso de las tropas se emplearan con preferencia en perseguirlos hasta acabarlos, ó por lo menos hasta arrojarlos de España. Era el empeño, y como el capricho de José invadir primero y dominar las Andalucías. Esta vez Napoleon condescendió con los deseos de su hermano, calculando que si José penetraba en Andalucía con 70.000 veteranos reunidos cerca de Madrid, pronto se podrian destacar 30.000 de ellos para Portugal por la izquierda del Tajo, mientras por la derecha marcharía Massena con 60.000 hombres de Ney y de Junot, 15.000 de la guardia, y además 10.000 ginetes, á cuya masa de fuerzas seria imposible á los ingleses resistir, y forzados á embarcarse, podria ser ésta la última campaña de la guerra española. Una vez consentido el plan de José, prescribióle el emperador la manera de ejecutarle, á saber; que llevara á la empresa los cuerpos 1.º, 4.º y 5.º mandados por Victor, Sebastiani y Mortier, dejando el 2.º

que guiaba Reynier junto al Tajo en observacion de los ingleses; con cuyos cuerpos, la reserva de Dessoles, los dragones y la guardia, reunía una masa de 80.000 hombres. Era mayor general y el verdadero caudillo de este ejército el mariscal Soult. Sebastiani con el 4.º cuerpo se dirigia por San Clemente y Villamanrique á penetrar por la izquierda de la garganta principal de Despeñaperros; Mortier con el 5.º marchaba por el camino real al puerto mismo de aquel nombre, y Victor con el 1.º bajaría á la derecha por Almaden al Guadalquivir entre Bailen y Córdoba.

Con arreglo á este plan, y despues de haber hecho José grandes y muy costosos preparativos, salió de Madrid llevando consigo cuatro de sus ministros, doce consejeros de Estado y mucha servidumbre. El 15 de enero (1810) llegó á la entrada de los desfiladeros de Sierra-Morena. Las fuerzas españolas que, como dijimos atrás, despues de la derrota y dispersion de Ocaña apenas se habian podido reunir en número de 25.000 hombres al abrigo de los numerosos pliegues de la cordillera, todavía al mando de Areizaga, repartidas en tres grupos principales, ocupaban tres puntos casi cara á cara de los escogidos por los franceses para la invasion, Almaden, Villamanrique y Despeñaperros. Una division destacada del ejército de Castilla á las órdenes de Alburquerque situada en las riberas del Guadiana, era la encargada de proteger á Zerain, y marchar en un caso á cubrir á Sevi-

lla. Ya el dia mismo que llegó José á las faldas de la Sierra, la division española de Almaden mandada por don Tomás de Zerain habia tenido que replegarse acometida por el mariscal Victor. El 20 de enero se dispusieron el 5.º cuerpo francés y la reserva á atacar el puerto del Rey y el de Despeñaperros, que el vulgo consideraba como un antemural inespugnable. Y en verdad casi habria podido serlo, á haber practicado en él otras obras de defensa, y no que se reducian á varias cortaduras y minas, con algunas baterías, en los pasos mas peligrosos. Estaban allí apostadas, desde la venta de Cárdenas hasta Santa Elena, las divisiones de vanguardia, y 1.ª, 3.ª y 4.ª, á las órdenes de Zayas, Lacy, Giron, y Gonzalez Castejon. La 2.ª á las de Vigodet se hallaba situada en Venta Nueva.

Atacado primeramente el puerto del Rey, los españoles que le defendian cedieron fácilmente y se dispersaron por las Navas de Tolosa, teatro en otros tiempos de uno de los hechos mas grandes y mas gloriosos de nuestra patria. Casi al mismo tiempo otra brigada francesa se encaramaba atrevidamente y penetraba por entre el puerto del Muradal y el de Despeñaperros, hasta colocarse á espaldas de los puestos y trincheras españolas. Con noticia de esto el mariscal Mortier abordó de frente la calzada de Despeñaperros, donde estaban las cortaduras y las minas; algunas de estas reventaron, pero hicieron poco estrago y no obstruyeron el camino; de modo que avanzando los fran-

ceses con resolucion, y huyendo los nuestros de cumbre en cumbre, dejaron en poder de aquellos 15 cañones y bastantes prisioneros. En la tarde del 20 todo el ejército francés había franqueado aquellos desfiladeros formidables que se miraban como el inespugnable murallon que resguardaba la Andalucía. Todo fué desolacion y lástima por parte de los nuestros. El general en gefe Areizaga, con algunos oficiales y grupos de soldados, no paró en su fuga hasta ponerse del otro lado del Guadalquivir. Las divisiones de Zerain y de Copons corrieron tambien: la de Vigodet, que durante algunas horas se había resistido vigorosamente en Venta Nueva y Venta Quemada, desordenóse por último y se desbandó, en términos que viéndose Vigodet casi solo, se encaminó á Jaen, donde encontró ya á Giron, á Lacy, y al mismo Areizaga, todos en situacion no menos congojosa que la suya. Castejon había caido prisionero de Sebastiani, con bastantes soldados y oficiales. Los que se salvaron en la derecha de la Sierra y tiraron hácia Córdoba, no contemplándose ya seguros ni allí ni aun en Sevilla, no pensaron en menos que en refugiarse dentro de los muros de Cádiz.

Triunfantes y sin obstáculo que los detuviera los franceses, avanzaron progresivamente á la Carolina, á Bailen y á Andújar, sitios memorables, donde hacia año y medio habían recogido los nuestros tantos laureles que las desventuras de este dia marchitaron, ya que secarse no pudieran nunca. Sucesivamente se fue-

ron reuniendo José y sus generales en Andújar, desde cuyo punto Dessoles con la reserva tiró hácia Baeza; Sebastiani prosiguió á Jaen, donde, espantados los nuestros, cogió los cañones y demás aprestos que había para formar un campo atrincherado (23 de enero); Victor se encaminó á Córdoba, donde á muy poco le siguieron José, Sout y Mortier. Con general estrañeza, y con sorpresa del mismo José, fué éste recibido con plácemes en aquella ciudad, y agasajado con fiestas públicas. Detuviéronse no obstante algunos dias no más allí y en sus alrededores, porque de Sevilla recibían noticias que les anunciaban una rendicion inmediata. Con tal motivo José determinó hacer alto en Carmona, calculando que mejor que tomar la ciudad por la fuerza sería aguardar el resultado de las relaciones secretas que para su rendicion habían enablado sus ministros O'Farril, Urquijo y Azanza con los amigos que en Sevilla tenían. El único cuerpo de nuestras tropas que se conservaba entero era la division del duque de Albuquerque, compuesta de 8.000 infantes y 600 caballos, que, como indicamos atrás, se trasladó por órden de la Junta de las orillas del Guadiana á las del Guadalquivir, cuyo rio cruzó en las barcas de Cantillana: escasísima fuerza para proteger ella sola al gobierno; y aunque se mandó unírsele los restos de las divisiones Zerain y Copons, éstos no pararon, los unos hasta el condado de Niebla, los otros hasta Cádiz.

La Junta Suprema que aun antes de verificarse la entrada de los franceses en Andalucía previó el gravísimo peligro en que iba á verse, habia dado ya un decreto (13 de enero), anunciando que para el 1.º del mes próximo se hallaría reunida en la Isla de Leon con objeto de arreglar la apertura de las Córtes acordada para el mes siguiente, aunque quedando todavía en Sevilla algunos vocales para el despacho de los negocios mas precisos. Todo el mundo comprendió que esta medida, por legítimo que fuese el objeto con que se procuraba cohonestarla, era solo hija de miedo; lo cual unido al poco prestigio de que gozaba ya la Central, previno mucho el espíritu del país en contra de los vocales. El Consejo se empeñaba tambien en acompañar á la Junta, no queriendo permanecer en Sevilla un solo dia despues que aquella partiese, sobre lo cual hubo contestaciones largas y algo desabridas entre ambas corporaciones⁽¹⁾. Segun que fué arreciando la tormenta y estrechando el peligro, fueron saliendo de la ciudad los individuos del gobierno, unos de noche, de madrugada otros, verificándolo los últimos la mañana del 24. Los que hicieron su viage por agua no sufrieron contratiempo alguno; no así los que caminaron por tierra. Encontraron éstos los pueblos del tránsito conmovidos y al-

(1) Tenemos á la vista copias mútuo recelo con que estos dos de todas estas comunicaciones, en cuerpos se trataban. que se ve la poca armonía y el

borotados; viéronse en inminente riesgo las vidas de algunos, entre ellos el presidente que era de la Junta, arzobispo de Laodicea, y el marqués de Astorga que lo habia sido, salvándose en Jerez como por milagro.

Del espíritu de sedicion y de enemiga contra los centrales que dominaba dentro de la misma Sevilla, y á cuya instigacion ó influjo se atribuian tambien los atentados de fuera, dió testimonio el alboroto que en el mismo dia 24 se movió en la ciudad no bien habia acabado de salir el gobierno supremo. Aunque á la Central se le habia dado conocimiento de que los principales promovedores de aquellos manejos eran los presos Palafox y Montijo, en la turbacion de aquellos momentos quedóse sin ejecucion la orden que habia dado de sacarlos de Sevilla. A favor del motin popular salieron de la prision, y fueron agregados á la Junta, que de provincial que era, se erigió á sí misma en Suprema nacional. Se nombró presidente de ella á don Francisco Saavedra, y se formó de entre sus individuos una junta militar, en que entraron los generales Eguía y Romana, y fué la que en aquellos dias ejerció el verdadero, aunque efímero poder. Aquel mismo dia nombró general en gefe del ejército de la izquierda al marqués de la Romana en reemplazo del duque del Parque, y dió á don Joaquin Blake el mando del que todavía se llamaba ejército del centro, aunque en realidad ya no existía, quedando de segundo suyo Areizaga. En vano intentó la nueva junta alentar á los se-

villanos á la defensa de sus hogares: la ciudad no era susceptible de defensa seria, y el mismo conde del Montijo, que era el más revolvedor, la abandonó el 26 so pretexto de ir á desempeñar una comision cerca del general Blake.

En tanto que esto pasaba en Sevilla, los franceses iban avanzando sin obstáculo. El general Sebastiani, dueño ya de Jaen, prosiguió camino de Granada, donde entró el 28 (enero), saliendo á recibirle una diputacion, mostrándosele sobradamente sumiso y hasta obsequioso el clero, es de pensar que por miedo y no por aficion, y uniéndosele el regimiento suizo de Reding. De las reliquias de nuestro destrozado ejército que por aquellas partes huían, la caballería mandada por Freire fué alcanzada por una columna francesa mas allá de Alcalá la Real, y rota y dispersa en su mayor parte. La artillería que habia salido de Andújar, en número de 30 piezas, dió con otra columna enemiga en Isnallor, cinco leguas de Granada, y como no llevase ni infantes ni ginetes que la protegieran, quedó en poder del general francés Peyremont, salvándose los artilleros en los caballos de tiro.

Por la otra parte, de órden del rey José avanzaban Victor y Mortier con los cuerpos 1.º y 5.º en direccion de Sevilla. Cerca de Ecija tropezaron con las guerrillas de caballería del duque de Alburquerque. Este general, temeroso de que los franceses se interpusieran entre Sevilla y la Isla de Leon, fué bastante previsor para

evitarlo, adelantándose á ellos, ganando á Jerez, donde reunió todas sus tropas, y entrando en aquella poblacion al principiar febrero, sin ser muy incomodado en su marcha, llegando así á tiempo de proteger el baluarte en que se habian de cobijar por algun tiempo la libertad y la independencia de España. Por lo que hace á la nueva Junta Suprema de Sevilla, corta y efímera fué su duracion, porque al aproximarse los franceses casi todos sus individuos desaparecieron. La poblacion en verdad no era defendible, á pesar de lo que en obras de fortificacion se habia indiscretamente gastado; asi que, al ver al mariscal Victor en ademán de acometerla, le fueron enviados parlamentarios (31 de enero), los cuales accedieron á franquearle la entrada, no ya con las condiciones que ellos pretendian, sino con las que el mariscal francés les propuso, á saber; seguridad á los habitantes y á la guarnicion, indulgencia y disimulo respecto á opiniones y actos contrarios al rey José, anteriores á aquel día, no exigir contribucion alguna ilegal, y otras concesiones, varias de las cuales, como era de temer, no se cumplieron. La corta guarnicion que habia salido aquella noche camino del condado de Niebla, el mismo que tomaron tambien los individuos de la Junta que aun quedaban, y que después constituyeron en Ayamonte la legítima junta provincial. Hizo pues su entrada en Sevilla el mariscal Victor el 1.º de febrero, y surtióse en aquella rica ciudad, no solo de pertrechos de guerra, y de gran nú-

mero de cañones de aquella hermosa fábrica, sino también de azogues y tabacos que constituían una gran riqueza, y que probaban la imprevision de una y otra junta, y el desgobierno en que la ciudad había estado.

A los pocos días, y contando con que la reserva mandada por Dessolles que se hallaba en Córdoba llegaría pronto á Sevilla, prosiguió él con su primer cuerpo en direccion de la isla Gaditana, donde por fortuna se había adelantado, segun dijimos, el duque de Alburquerque, teniendo que limitarse el cuerpo de Víctor á ocupar las cercanías y á establecer una especie de bloqueo. De las fuerzas francesas que habían invadido aquella parte de Andalucía, el 5.º cuerpo que guiaba Mortier tomó la vuelta de Extremadura á escepcion de una brigada que dejó en Sevilla. Dióse la mano con el 2.º cuerpo mandado por Reynier, llegó á amenazar á Badajoz, y como no hallase esta plaza dispuesta á rendirse, se fijó en Llerena.

Tampoco Sebastiani se estuvo quieto en Granada; y como si la riqueza de Málaga y la importancia de su puerto no fueran bastante incentivo para que él no descuidara apoderarse de aquella ciudad, sirvióle también de espuela una insurreccion contra los franceses en mal hora en ella movida por un coronel, natural de la Habana, llamado don Vicente Abello, hombre á quien sobraba ardor y faltaban tacto y prudencia. Así fué que no se le juntaron personas principales, y

sí gente del pueblo, inconsiderada y propensa á desórdenes y tropelías, que cometieron en número no escaso, tanto en la ciudad como en Velez-Málaga, cuyo alzamiento fueron á promover⁽¹⁾. Allá se encaminó Sebastiani por Loja y Antequera. En el estrecho del puerto llamado Boca del Asno deshizo unos pelotones de paisanos armados que pretendían impedirle el paso, y cerca de Málaga arrolló la gente colecticia que capitaneaba el mismo Abello, entrando todos revueltos y confundidos en la ciudad. Caro costó á la poblacion el inoportuno alzamiento; además del saqueo de la soldadesca, y de las riquezas de todo género de que se apoderaron los invasores, impúsole el general una contribucion de 12.000,000 de reales, pagaderos cinco de ellos en el acto. No estuvo menos duro Sebastiani con las personas que cogió de las que habían hecho mas papel entre los insurrectos: con la horca castigó al capuchino Fr. Fernando Berrocal y algunos otros. Al fin Abello logró refugiarse en Cádiz, donde estuvo mucho tiempo preso, hasta que le dieron libertad las Córtes.

Dijimos que la última junta de Sevilla en los días de su precario mando había nombrado á don Joaquin Blake general en gefe de aquellas tristes y escasas reliquias á que se daba todavía el nombre de ejército del

(1) Cuenta entre ellas Toreno la esacion de contribuciones y derramas arbitrarias, de las que solo al duque de Osuna le impusieron ó sacaron unos cincuenta mil duros, la prision de los individuos de la junta de la ciudad, y la del general don Gregorio de la Cuesta que vivía allí retirado, y que al fin logró embarcarse para Mallorca.

centro. Blake recibió este nombramiento al llegar á Guadix, cuando viniendo de Cataluña con licencia de la Central pasaba á Málaga con objeto de reponerse de las fatigas y penalidades de la guerra. Entre las muchas pruebas de patriotismo que dió aquel benemérito general, ninguna ciertamente tan grande como el sacrificio de aceptar en circunstancias tan calamitosas el mando de un ejército imaginario. Magnánima y altamente patriótica fué su resolución. El día que la tomó, reduciase aquél á un batallón de guardias españolas mandado por el brigadier Otedo, y á algunos caballos que habia conservado Freire. De los generales que mandaban en Sierra-Morena, solo se le incorporó Vigodet. La primera revista de este exíguo fragmento de ejército la pasó en el atrio de una iglesia de Guadix. Pero ocupóse con ahinco en recoger dispersos, repartió órdenes y proclamas por todas partes, y fué asombroso resultado de su celo el tener á los quince días reunidos 4.000 infantes y 800 caballos, bien que desnudos y sin armas, sin víveres y sin cañones. Su primer cuidado fué poner esta corta fuerza á cubierto de los enemigos que ocupaban el reino de Granada, á cuyo fin la trasladó á Huerca-Overa, pueblo situado en la frontera de Granada y Murcia, desde donde luego pasó á Velez-Rubio.

Veamos ya qué habia sido de la dispersa Junta Central, y la nueva forma que se dió al gobierno supremo de España.

Reunidos en la Isla de Leon los individuos de la Junta emigrados de Sevilla, resolvieron al fin desprenderse del mando y transmitir el gobierno superior de la nacion á una nueva autoridad con el título de Supremo Consejo de Regencia (29 de enero, 1810). Las causas que los movieron á tomar aquella resolución antes de la reunion de las Córtes, las espresaron bien ellos mismos en el Manifiesto que publicaron aquel mismo día. «Bien convencida estaba la Junta, decian »entre otras cosas, de cuán necesario era reconcentrar »más el poder.... En la ocasion presente parecia del »todo inoportuno, cuando las Córtes anunciadas estaban ya tan próximas.... Mas los sucesos se han precipitado de modo que esta detencion, aunque breve, »podria disolver el estado, si en el momento no se »cortase la cabeza al monstruo de la anarquía....» Y luego: «Mas nada bastaba á contener el odio que antes »de su instalacion se habia jurado á la Junta. Sus providencias fueron siempre mal interpretadas y nunca »bien obedecidas. Desencadenadas con ocasion de las »desgracias públicas todas las pasiones, han suscitado »contra ella todas las furias que pudiera enviar contra »nosotros el tirano á quien combatimos. Empezaron »sus individuos á verificar su salida de Sevilla con »el objeto tan público y solemnemente anunciado de »abrir las Córtes en la Isla de Leon. Los facciosos cubrieron los caminos de agentes, que animaron los »pueblos de aquel tránsito á la insurreccion y al tu-